

Documentos

Discurso que pronunció el presidente de la República de Chile, Patricio Aylwin, en El Colegio de México, el 3 de octubre de 1990

Señor presidente de El Colegio de México,
señoras, señores:

Traigo a El Colegio de México el saludo de los intelectuales chilenos. De aquellos que durante estos años, gracias a vuestra acogida, pudieron proseguir su vida académica interrumpida, así como del conjunto de nuestra comunidad intelectual. Traigo también el recuerdo de aquella rica tradición que ha vinculado estrechamente a las letras y las ciencias de Chile y de México.

Cómo no recordar en este momento aquella campaña educativa emprendida por José Vasconcelos, quien trajo desde lo más austral del continente a una modesta profesora rural. Cómo no recordar con orgullo que Gabriela Mistral enseñó a leer y a escribir a niños mexicanos y que México quedó para siempre como una luz en su corazón. Cómo no recordar también a nuestro poeta Pablo Neruda que dejó estampada vuestra geografía y vuestra cultura en su obra poética. La presencia en México de los dos premios Nobel de Chile evoca una tradición en la cual también El Colegio de México ha hecho importantes contribuciones.

Esta prestigiosa institución, hija del noble corazón mexicano que acogió a tantos intelectuales españoles en la hora triste de su destierro, fue pionera en forjar un pensamiento propiamente latinoamericano. Desde la filosofía y la historia en sus inicios y más tarde desde todas las ciencias sociales, se produjo aquí un esfuerzo de síntesis, de apropiación creativa del pensamiento europeo y universal, para elaborar categorías que dieran cuenta de las especificidades de la realidad latinoamericana. México fue, en este sentido, un faro para los intelectuales de todo el continente.

Es un lugar común destacar aquí, delante de ustedes, la efervescencia intelectual que caracterizó a México en la década de los cuarenta, aquella que dio origen a esta institución y a esa impresionante producción editorial que permitió, como nunca antes en la historia, la comunicación de ideas entre nosotros sin tener que pasar por alguna capital europea. Pero nunca es tarde para reconocer y para agradecer aquello que enriqueció y continúa enriqueciendo el pensamiento chileno.

Detrás de este hecho hay una experiencia de cómo debemos enfrentar los desafíos de nuestro continente. El pensamiento latinoamericano, y el mexicano en particular, ha tenido como uno de sus objetivos comprender la identidad de nuestro continente. No ha sido fácil para nosotros llegar a comprender quiénes somos, siendo hijos de diversas y encontradas tradiciones.

Pero sabemos que América, como lo señalaran tan brillantemente Alfonso Reyes y Antonio Caso, tiene vocación universal y vocación humanista. Su vocación universal se expresa en el esfuerzo por comprender su propia realidad, pero dentro del contexto global del mundo en el que habita. Ésa ha sido la vocación de El Colegio de México. Ésa es la vocación que nos inspira y nos da fuerza para enfrentar los desafíos de hoy, cuando las complejidades del mundo moderno nos exigen integración creativa e inteligente.

La vocación humanista de América Latina se sustenta en la firme convicción de que el hombre no es un medio sino un fin en sí mismo. Que la producción económica, el desarrollo tecnológico, las instituciones o el orden político no son sino un medio para que el hombre sea cada día más hombre.

Es por esta vocación humanista de América que quisiera compartir con ustedes hoy día algunas reflexiones sobre la historia de mi patria y su retorno a la democracia.

La historia reciente de mi país es la de una nación que ha luchado por la paz con las armas de la paz, la de un pueblo que ha amado con tesón la libertad. El mayor valor de esta experiencia no está en ser un interesante modelo para el estudio de las transiciones a la democracia, sino en la opción ética y moral que ha hecho nuestro pueblo por la paz, la justicia y la libertad.

Los chilenos nos sentimos modestamente orgullosos del proceso democrático que estamos viviendo y lo decimos sin arrogancia porque la recuperación de la democracia no ha sido fruto de un golpe de suerte, ni del genio de unos cuantos iluminados, sino ha sido hija del dolor, de la perseverancia y de la madurez de un pueblo, avalado por su larga tradición.

Nuestro proceso de transición y consolidación de la democracia se explica en características esenciales de la vida nacional forjadas a través de la historia de Chile.

Entre esos rasgos sobresale el valor que desde muy temprano adquirió en Chile el ideal democrático. Los historiadores concuerdan en que el sistema político chileno fue el primero en consolidarse en Latinoamérica luego de las luchas por la independencia. Ello permitió que desde los inicios se encontraran mecanismos para dirimir los conflictos de poder dentro del sistema y no fuera de él.

La organización democrática en el siglo XIX, dentro de las limitaciones que tuvo no sólo en Chile sino en todo el mundo, permitió formas de participación y adhesión mediante las cuales el país pudo enfrentar con relativa flexibilidad los desafíos económicos y sociales que significaba la progresiva inserción de Chile en el sistema internacional.

La democracia chilena demostró su vigor con ocasión del conflicto fratricida que asoló al país en 1891, al imponerse y ser capaz de superar rápidamente las fracturas legadas por la guerra civil.

Ese mismo vigor volvió a manifestarse en la etapa de inestabilidad política y autoritarismo que vivió Chile entre 1924 y 1932, en un tiempo de acelerado cambio social y en el contexto de la crisis económica mundial que azotó al país con inusitada fuerza.

Desde entonces y hasta 1973, nuestra democracia reguló la vida política nacional, proporcionando un cauce para el desarrollo de un dinamismo social y económico cuya envergadura era inédita en la historia de la república.

Durante el periodo autoritario, la idea democrática no perdió sus raíces en la sociedad. La ruptura institucional, la acentuada polarización e intensidad del conflicto político que el país venía padeciendo se proyectaron en las fuerzas políticas democráticas, que tuvieron que asumir modalidades subterráneas de existencia, sin poder alcanzar expresiones políticas socialmente relevantes.

No obstante, desde muy temprano los ideales democráticos se hicieron presentes con innumerables iniciativas protagonizadas por dirigentes sociales, sindicalistas, sacerdotes, artistas, intelectuales, juristas, periodistas, militantes políticos de base, y miles de hombres y mujeres que sólo poseían en común la aspiración a desembarazarse de la opresión autoritaria y recuperar para Chile la democracia.

Ello fue una clara prueba de que la historia del país no había transcurrido en vano y que las instituciones republicanas, tan duramente criticadas en esos años, habían ido sedimentando en la sociedad una cultura democrática a pesar de que el viento de la historia parecía haberlas barrido para siempre.

Hacia 1983, los partidos políticos chilenos iniciaron su recuperación tras una década de represión y hostigamiento. Entonces ya se habían conquistado algunos espacios, modestos pero significativos, para la libertad y la dignidad humanas. La sociedad civil se convirtió en protagonista de un proceso de movilización social que mes a mes desafió al autoritarismo mediante diversas formas de protesta, variables según las circunstancias y características propias de cada grupo social.

Este proceso lo encauzó la mayoría de las fuerzas opositoras al autoritarismo, utilizando sólo formas pacíficas de protesta, único medio moralmente justificado, con la convicción de que la violencia engendra más violencia. No obstante, la existencia de algunas organizaciones políticas opositoras sustentadas en visiones militaristas y violentas de la política y la represión masiva desatada por el autoritarismo especialmente contra los sectores populares, hicieron de esa movilización un proceso que tuvo para Chile y su gente un alto precio de muerte, sufrimiento y dolor.

También es necesario destacar el papel de los partidos políticos, tan importantes en nuestra historia. Sin ellos, depositarios de una larga tradición y madurez cívicas, no habríamos podido dotar al proceso de transición de la sabiduría política capaz de combinar la prudencia y la cautela con la firmeza en los principios, evaluar adecuadamente los riesgos y las oportunidades, saber cuándo transigir y cuándo perseverar. Tampoco habríamos podido movilizar a los más de siete millones de chilenos, equivalentes a más del noventa por ciento de los electores potenciales, para que se inscribieran en los registros electorales

y votaran en un plebiscito sobre cuya limpieza asistían fundadas dudas, ni culminar victoriosamente dos campañas electorales en condiciones de adversidad.

Los partidos políticos chilenos siempre se han enfrentado a los grandes problemas nacionales a partir de una visión ética que aspira a ser coherente. Han concebido la conquista del voto popular como un proceso de confrontación de ideas, donde los recursos publicitarios son elementos secundarios. Espero que seamos capaces de preservar este rasgo de nuestra cultura política, sin caer, so pretexto de una pretendida modernidad, en un envilecimiento de la vida política.

Durante los años sesenta esta característica se distorsionó. Todos los partidos cayeron en ideologías extremas, que anularon la capacidad de entendimiento recíproco y de negociación. Ello explica en gran medida el quiebre institucional de 1973. El aprendizaje hecho durante los años de autoritarismo ha permitido superar esa distorsión, como lo prueban las negociaciones y acuerdos que culminaron en las reformas constitucionales plebiscitadas en 1989, y el surgimiento de la Concertación de Partidos por la Democracia, hoy gobernante, una coalición inédita en la historia política chilena por su amplitud, la envergadura de su proyecto y su voluntad de proyección en el tiempo.

Quisiera destacar que los sufrimientos de esos años nos hicieron comprender a quienes ayer fuimos adversarios, apasionados y a veces intransigentes, que a pesar de nuestras diferencias ideológicas es mucho más lo que nos une que lo que nos separa; nos hicieron comprender que en política no es incompatible el mantener viva la lealtad a los ideales y principios con la necesidad de ser comprensivos de la realidad y de valorar o apreciar cuál es verdaderamente la capacidad de que se dispone, que no son incompatibles idealismo con realismo. Todo ello ha permitido el surgimiento de un nuevo estilo de hacer política en nuestra patria, caracterizado por un fuerte énfasis en el respeto al pluralismo, tanto en la vida social como política; un quehacer político que reconoce en las demás personas derechos que no pueden ser conculcados, lo cual admite como legítimo tener adversarios, pero jamás enemigos, y una voluntad compartida por aliados y adversarios de buscar los más amplios consensos posibles para la solución de los grandes problemas nacionales.

Nuestra lucha por la democracia estuvo orientada por una idea fundamental: la defensa de los derechos humanos y la conquista de una democracia capaz de restablecer su pleno imperio en Chile. No fue una mera respuesta instintiva y reactiva a la opresión autoritaria. Desde sus inicios, tuvo un fundamento ético que le dio su pleno sentido y legitimidad. Este fundamento ético, sustentado en los valores consustanciales a la dignidad humana y concretado en la meta de defender los derechos humanos, caló hondo en el alma de Chile y su gente. La defensa de los derechos humanos y la repulsa frente a su violación, no ha sido el patrimonio de unos pocos, ha sido la actitud compartida por la abrumadora mayoría del pueblo chileno.

En una medida muy importante, la sociedad chilena tiene que agradecer a la Iglesia Católica no sólo la acción perseverante y sistemática en defensa de los derechos humanos y el auxilio a las víctimas, sino igualmente el haber rescatado ese contenido moral básico de la vida social.

La democracia para nosotros es más que una mera técnica de administración de la sociedad y sus conflictos. Es sinónimo de oportunidades de progreso material y espiritual, de una creciente equidad en las relaciones económicas y sociales, de libertades cada vez más difundidas al conjunto de los ciudadanos. En suma, sinónimo de un marco político que favorece la vida buena.

Al definir conjuntamente con la Concertación de Partidos por la Democracia las tareas básicas que mi gobierno está desarrollando con el objetivo de consolidar la democracia, hemos prestado atención a estas continuidades históricas fundamentales, elementos esenciales del patrimonio cultural de la nación. Especialmente, ha sido nuestra voluntad recuperar para Chile y su vida política ese sentido ético fundamental que sucesivas generaciones, a lo largo de muchas décadas, impregnaron en la idea democrática.

Tal como lo expresé ante el congreso nacional el 21 de mayo de este año, al restablecer una antigua costumbre que hace de esa fecha la ocasión en que el presidente de la república se dirige al país para dar cuenta de su gestión anual, las tareas básicas de mi gobierno son, aparte de la reinserción plena de Chile en la comunidad internacional, las siguientes:

1. Esclarecer la verdad y hacer justicia en materia de derechos humanos, como exigencia moral ineludible para la reconciliación nacional.
2. Democratizar las instituciones.
3. Promover la justicia social, corrigiendo las graves desigualdades e insuficiencias que afligen a grandes sectores de chilenos.
4. Impulsar el crecimiento económico, el desarrollo y la modernización del país.

Ciertamente, la consolidación de la democracia chilena exige que haya una paz sólida y estable entre los chilenos, de modo que desaparezca toda forma de violencia. Para lograrla, no podemos ignorar la situación de derechos humanos que existió en el país durante el autoritarismo, pues equivaldría a negar el significado moral que nuestra cultura política otorga a la idea democrática.

La conciencia moral de la nación exige que se esclarezca la verdad y que se haga justicia en la medida de lo posible, para arribar finalmente a la hora del perdón. El principio que nos guía en esta materia, que ha orientado las diversas medidas que hemos adoptado y que adoptaremos en el futuro, armoniza los imperativos éticos con los requerimientos políticos. La consolidación de la democracia chilena nos impone, en nuestra tarea de gobernantes, conciliar la virtud de la justicia con la virtud de la prudencia. Sólo procediendo así seremos fieles a nuestra tradición.

En segundo lugar, la construcción de una democracia sólida y estable requiere que perfeccionemos nuestras instituciones, para que la participación sea real en todos los ámbitos.

Por ello, además de crear instituciones para promover la incorporación de las mujeres y los jóvenes a todas las actividades de la vida nacional, estamos impulsando la democratización del gobierno local y la creación de instan-

cias descentralizadas, comunales y regionales, para acercar las autoridades y las decisiones públicas a los ciudadanos.

También estamos estudiando políticas que permitan una administración de justicia eficiente y oportuna. La administración de justicia en Chile ha adolecido por décadas de serias deficiencias, agravadas durante los años de autoritarismo, cuya suma ha desembocado en una profunda crisis que afecta con particular intensidad a los sectores más desposeídos. Sólo una administración de justicia eficiente y oportuna puede restablecer un efectivo imperio de la ley y la vigencia del sentimiento de justicia en las relaciones interpersonales cotidianas, garantizando la seguridad del conjunto de la sociedad.

Para el sentir mayoritario de mis compatriotas, la idea democrática posee una clara connotación de justicia social. Ello puede no ser así en otras latitudes y otras realidades nacionales. Es posible que haya quienes sostengan concepciones de la democracia no sólo despojadas de ese contenido de justicia social, sino que niegan la validez misma de la idea de justicia social. Discrepamos con esas concepciones. Ellas empobrecen la idea democrática, cercenándola de una parte muy importante de su sustrato ético y privándola de su capacidad de movilizar el entusiasmo y la energía de toda la nación gracias a la visión de una sociedad mejor y más justa.

Para el pueblo de Chile, democracia significa tanto libertad como justicia social. Éste es un hecho colectivo, que encuentra fundamento en nuestra historia, y tal vez se explica por las condiciones sociales y materiales que caracterizan al país.

En los últimos años, Chile ha experimentado un crecimiento económico y modernizaciones importantes en diversos sectores de la actividad nacional. Sin embargo, esa situación positiva coexiste con desigualdades muy profundas. Si éstas persisten, corremos el riesgo de consolidar dos países distintos y antagónicos: uno, el Chile de los que tienen acceso a la modernidad y a los frutos del crecimiento; y otro, el de los marginados, socialmente excluidos de la vida moderna, convertidos en una carga para la sociedad.

La tarea de avanzar hacia una mayor justicia social debe cumplirse simultáneamente con un proceso sostenido de crecimiento económico.

El motor primordial del crecimiento reside en la empresa privada. El papel del Estado ha experimentado una redefinición. Ésta es una tendencia mundial, que se manifiesta hoy con gran vigor aun en aquellos países de economías que hasta ayer eran centralmente planificadas. En armonía con esta realidad, el Estado democrático que queremos consolidar busca regular la actividad del mercado mediante normas generales, de aplicación universal, y se abstiene de intervenciones puntuales, erráticas y frecuentes, cuyo único efecto es desorganizarlo e introducir elementos de ineficiencia que, al acumularse, terminan por detener el crecimiento.

La economía de Chile es hoy una economía abierta, y se mantendrá así, porque los chilenos sabemos que en las actuales condiciones de la economía mundial es la mejor estrategia para lograr un crecimiento sostenido.

Pero es evidente que no es posible avanzar en el camino del crecimiento sin avanzar a la vez en el camino de la equidad. Para crecer se necesita traba-

jo, disciplina, perseverancia, paciencia, voluntad de emprender y unidad, y ello sólo puede conseguirse en un clima de justicia social, donde todos se sientan partícipes no sólo del esfuerzo sino también de los frutos de ese crecimiento. Igualmente, avanzar en el camino de la equidad significa integrar cada vez a más y más chilenos en el esfuerzo del desarrollo, lo que exige dar preferencia a la inversión en vivienda, salud y educación.

Éstos son nuestros desafíos. En ellos estamos empeñados. Tengo la convicción de que son desafíos comunes a todos nuestros pueblos de América Latina. Tenemos que demostrar que en esta parte del mundo es posible la democracia como forma de convivencia fundada en la plena vigencia de la libertad, de los derechos humanos, del respeto a la dignidad de las personas y, al mismo tiempo, es posible crecer y progresar económicamente y crear condiciones de prosperidad para nuestro pueblo al crear condiciones de justicia social que signifiquen que ese crecimiento y bienestar no sean patrimonio reservado a una minoría, sino que sean accesibles y estén al alcance de todas las gentes que participen en el esfuerzo.

Como gobernante siento orgullo de recoger una tradición que desde muy temprano dotó a la democracia chilena de un profundo sentido moral, haciéndola sinónimo del orden político adecuado para el cabal respeto y desarrollo de la dignidad humana, y que también desde muy temprano intuyó que la causa de los más desposeídos era armónica con la causa de una nación pujante, en constante crecimiento, capaz de proporcionar a sus hijas e hijos el marco adecuado para una vida cada vez más humana.

A partir de esa tradición mi gobierno convoca a todos los habitantes de la patria y a todos los chilenos esparcidos a lo largo del mundo acogidos a la hospitalidad de pueblos hermanos que como éste de México han sido tan solidarios con el pueblo chileno, a perseverar en la tarea de consolidar la democracia chilena, concebida como el inicio de una aventura nacional, que consume todos nuestros esfuerzos, para construir una sociedad cada vez más digna, más libre, más justa y más próspera.

Muchas gracias.